

rios de la fe, antes de comenzar su celebración en la Eucaristía»¹⁰. El símbolo de la fe vincula la Eucaristía con el Bautismo, recibido «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» y nos recuerda que los Sacramentos son comprensibles a la luz de la fe de la Iglesia.

La respuesta a la Palabra de Dios acogida con fe se expresa después en la súplica común, denominada Oración universal, porque abraza las necesidades de la Iglesia y del mundo¹¹. Se le llama también Oración de los fieles.

Los Padres del Vaticano II quisieron restaurar esta oración después del Evangelio y la homilía, especialmente en el domingo y en las fiestas, para que «con la participación del pueblo se hagan súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero»¹². Por tanto, bajo la guía del sacerdote que introduce y concluye, «el pueblo [...] ejercitando el oficio de su sacerdocio bautismal, ofrece súplicas a Dios por la salvación de todos» (IGMR 69). Y después las intenciones individuales, propuestas por el diácono o un lector, la asamblea una su voz invocando: «Escúchanos Señor»¹³.

Recordamos, de hecho, cuando nos ha dicho el Señor Jesús: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis» (Jn 15,7). «Pero nosotros no creemos esto, porque tenemos poca fe». Pero si nosotros tuviéramos una fe —dice Jesús— como el grano de mostaza, recibiríamos todo. «Pedid y lo conseguiréis». Y en este momento de la oración universal después del Credo, está el momento de pedir al Señor las cosas más fuertes en la misa, las cosas que nosotros necesitamos, lo que queremos. «Lo conseguiréis»; en un modo u otro pero «lo conseguiréis». «Todo es posible para quien cree», ha dicho el Señor. ¿Qué respondió ese hombre al cual el Señor se dirigió para decir esta palabra —todo es posible para quien cree—? Dijo: «Creo Señor. Ayuda mi poca fe». También nosotros podemos decir: «Señor, yo creo. Pero ayuda mi poca fe». **Y la oración debemos hacerla con este espíritu de fe: «Creo Señor, ayuda mi poca fe».** Las pretensiones de lógicas mundanas, sin embargo, no despegan hacia el Cielo, así como permanecen sin ser escuchadas las peticiones autorreferenciales (Jc 4,2-3). **Las intenciones por las que se invita al pueblo fiel a rezar deben dar voz a las necesidades concretas de la comunidad eclesial y del mundo, evitando recurrir a fórmulas convencionales y miopes.** La oración «universal», que concluye la liturgia de la Palabra, nos exhorta a hacer nuestra la mirada de Dios, que cuida de todos sus hijos.

A la luz de las Palabras del Santo Padre:

- ¿Cómo preparamos la reflexión de las lecturas para nuestra celebración litúrgica? Si soy sacerdote, diácono, ministro enviado o encabezo una Asamblea dominical: ¿Cómo preparo la predica? Si asisto a la celebración y participo de otro modo: ¿cómo me preparo antes de la celebración para entrar en un diálogo meditativo en la prédica u homilía?
- ¿Cómo y cuánto aprovecho el silencio meditativo después de la reflexión de la Palabra? ¿La confronto con mi vida?
- ¿Cómo me adhiero a la comunidad con la profesión de Fe? ¿Lo hago activa, consciente y vivamente o más bien repito las palabras que algún día aprendí?
- ¿Confío en que el Señor responderá a mis necesidades, a las necesidades de nuestra comunidad expresada en la Oración universal?

¹⁰ IGMR 67

¹¹ Cf. IGMR 69-71; Introducción al leccionario 30-31).

¹² Vaticano II. Sacrosanctum Concilium 53; cf. 1Tim 2, 1-2)

¹³ En Chile, generalmente se responde: «Escúchanos, Señor, te rogamos»



REFLEXIONES SOBRE EUCARISTÍA COMO PREPARACIÓN AL CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL



La homilía y la profesión de fe. A la luz de la palabra y la confesión como comunidad de nuestra fe.

En esta ficha, junto con el Papa Francisco, tocaremos un aspecto fundamental de la liturgia de la Palabra. Hemos dispuesto el corazón para escuchar lo que nos dice el Antiguo Testamento, alabamos al Señor con el Salmo, conocemos la enseñanza de las primeras comunidades y de los apóstoles en las lecturas del Nuevo Testamento y sobre todo acogemos las Palabras del Señor Jesús para nuestras vidas. Sin embargo, junto con escuchar la Palabra, es también necesario reflexionarla, por ello nos detendremos, junto al Santo Padre en la homilía como el encuentro de la Palabra anunciada, escuchada y actualizada (reflexionada) en nuestras vidas¹:

[Continuamos hoy las catequesis sobre la Liturgia de la Palabra]. Para hacer llegar su mensaje, Cristo se sirve también de la palabra del sacerdote que, después del Evangelio, da la homilía². Recomendada vivamente por el Concilio Vaticano II como parte de la misma liturgia³, la homilía no es un discurso de circunstancia —ni una catequesis como esta que estoy haciendo ahora—, ni una conferencia, ni una clase, ni la homilía es otra cosa. **¿Qué es la homilía? Es «retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo»⁴**, para que encuentre realización en la vida. **¡La auténtica exégesis del Evangelio es nuestra vida santa!** La palabra del Señor termina su recorrido haciéndose carne en nosotros, traduciéndose en obras, como sucedió en María y en los santos. Recordad lo que dije la última vez, la Palabra del Señor entra por las orejas, llega al corazón y va a las manos, a las buenas obras. Y también la homilía sigue la Palabra del Señor y hace también este recorrido para ayudarnos para que la Palabra del Señor llegue a las manos, pasando por el corazón.

Ya traté este argumento de la homilía en la exhortación *Evangelii gaudium*, donde recordaba que el contexto litúrgico «exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida»⁵.

Quien da la homilía debe cumplir bien su ministerio⁶ —aquel que predica, el sacerdote o el diácono o el obispo—, ofreciendo un servicio real a todos aquellos que participan en la misa, pero también cuantos la escuchan deben hacer su

¹ Papa Francisco, Audiencia general miércoles 7 de febrero de 2018. Aula Paulo VI, Roma.

² IGMR 65-66, Introducción al leccionario 24-27

³ Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* 52.

⁴ EG 137

⁵ EG 138

⁶ Nota del editor: "La predicación debe tomarse como un **ministerio**, como un **servicio** a la comunidad" por parte del obispo, sacerdotes, diáconos y, en nuestra diócesis, ministros enviados y agentes pastorales que celebran la Asamblea dominical en ausencia del presbítero o ADAP, ya que lo hacen en nombre del Señor Jesús.



parte⁷. Sobre todo prestando la debida atención, asumiendo las justas disposiciones interiores, sin pretextos subjetivos, sabiendo que todo predicador tiene méritos y límites. Si a veces hay motivos para aburrirse por la homilía larga o no centrada o incomprensible, otras veces sin embargo el obstáculo es el prejuicio. Y quien hace la homilía debe ser consciente de que no está haciendo algo propio, está predicando, dando voz a Jesús, está predicando la Palabra de Jesús. Y la homilía debe estar bien preparada, debe ser breve, ¡breve! Me decía un sacerdote que una vez había ido a otra ciudad donde vivían los padres y el padre le dijo: «¡Sabes, estoy contento, porque con mis amigos hemos encontrado una iglesia donde se hace la misa sin homilía!». Y cuántas veces vemos que en la homilía algunos se duermen, otros hablan o salen fuera a fumar un cigarrillo... Por esto, por favor, que sea breve, la homilía, pero que esté bien preparada. ¿Y cómo se prepara una homilía, queridos sacerdotes, diáconos, obispos? ¿Cómo se prepara? Con la oración, con el estudio de la Palabra de Dios y haciendo una síntesis clara y breve, no debe durar más de 10 minutos, por favor. Concluyendo podemos decir que en la Liturgia de la Palabra, a través del Evangelio y la homilía, Dios dialoga con su pueblo, el cual lo escucha con atención y veneración y, al mismo tiempo, lo reconoce presente y operante. Si, por tanto, nos ponemos a la escucha de la «buena noticia», seremos convertidos y transformados por ella, por tanto capaces de cambiarnos a nosotros mismos y al mundo. ¿Por qué? Porque la Buena Noticia, la Palabra de Dios entra por las orejas, va al corazón y llega a las manos para hacer buenas obras.

⁸La escucha de las lecturas bíblicas, prolongada en la homilía ¿a qué responde? Responde a un derecho: el derecho espiritual del Pueblo de Dios a recibir con abundancia el tesoro de la Palabra de Dios⁹. Cada uno de nosotros cuando va a misa tiene el derecho de recibir abundantemente la Palabra de Dios bien leída, bien dicha y después bien explicada en la homilía. ¡Es un derecho! Y cuando la Palabra de Dios no está bien leída, no es predicada con fervor por el diácono, por el sacerdote o por el obispo, se falta a un derecho de los fieles. Nosotros tenemos el derecho de escuchar la Palabra de Dios. El Señor habla para todos, pastores y fieles. Él llama al corazón de cuantos participan en la misa, cada uno en su condición de vida, edad, situación. El Señor consuela, llama, suscita brotes de vida nueva y reconciliada. Y esto, por medio de su Palabra. ¡Su Palabra llama al corazón y cambia los corazones!

Por eso, después de la homilía, un tiempo de silencio permite sedimentar en el alma la semilla recibida, con el fin de que nazcan propósitos de adhesión a lo que el Espíritu ha sugerido a cada uno. El silencio después de la homilía. Un hermoso silencio se debe hacer allí y cada uno debe pensar en lo que ha escuchado.

Después de este silencio, ¿cómo continúa la misa? La respuesta personal de fe se incluye en la profesión de fe de la Iglesia, expresada en el «Credo». Todos nosotros recitamos el «Credo» en la misa. Recitado por toda la asamblea, el símbolo manifiesta la respuesta común a lo que se ha escuchado juntos de la Palabra de Dios (cf. Catequismo de la Iglesia católica, 185–197). Hay un nexo vital entre escucha y fe. Están unidas. Ésta (la fe), de hecho, no nace de la fantasía de mentes humanas, sino como recuerda san Pablo «viene de la predicación y la predicación, por la Palabra de Cristo» (Rom 10, 17). La fe se alimenta, por lo tanto, con la predicación y conduce al Sacramento. Así, **el rezo del «Credo» hace que la asamblea litúrgica «recuerde, confiese y manifieste los grandes miste-**

⁷ Nota del editor: "Existe un binomio o unión especial en la homilía o predicación; la relación entre aquel que predica y el que escucha, de manera tal que las palabras dichas y reflexionadas tengan una repercusión real en nuestras vidas".

⁸ Papa Francisco, Audiencia general miércoles 14 de febrero de 2018. Plaza de San Pedro, Roma.

⁹ Cf. Introducción al leccionario 45